

JAVIERA TAPIA FLORES
NO TENGO QUE GANAR

Mi verano con Diamela Eltit

TUSQUETS
EDITORES

1ª edición: mayo de 2026

© Javiera Tapia Flores, 2026

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

Reservados todos los derechos de esta edición para
© 2026, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso,
Providencia, Santiago de Chile

ISBN: 978-956-6368-76-2
Impresión y encuadernación: CyC Impresores Ltda.
Impreso en Chile

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La única manera de leer a un escritor es leer el tipo de tensión presente en el momento de la construcción de la poética. Entender el modo en que esa tensión es resuelta por la forma.

RICARDO PIGLIA

Las tres vanguardias: Saer, Puig, Walsh

Articular históricamente el pasado no significa conocerlo “tal y como verdaderamente ha sido”. Significa adueñarse de un recuerdo tal y como relumbra en el instante de un peligro.

WALTER BENJAMIN

Tesis sobre la filosofía de la historia

Índice

¡El mensaje que te quería enviar!	11
El libro de las lágrimas	23
Diamela, y tú, ¿de cuál tribu urbana eras?	35
¿Quién es la primera madre de todas?	45
Hojitas de parra	53
La isla	61
Imposible renunciar	71
Sistemas de creación	89
Inversión de escena	93
Cinco días	107
Banda punk / <i>vedette</i> / sufragista	131
Mira, las modistas no hacen eso	143
Mexicana	153
Prefiero el barrio	165
La muerte de la madre	175
No tengo que ganar	185
<i>Power nap</i>	191
Índice Onomástico	197

¡EL MENSAJE QUE TE QUERÍA ENVIAR!

“Bueno, vámosle. Empezamos hoy nuestras reuniones aquí en mi casa. Yo quisiera señalar lo siguiente, Javiera. Por qué a mí me pareció interesante esta conversación”.

Esas palabras son las primeras que registra mi grabadora el jueves 19 de enero a las seis y ocho de la tarde. Pero yo había llegado al paradero más cercano a su casa casi cuarenta y cinco minutos antes. Me quedé sentada, suspendida, frente al sol maldito.

Entiendo el hecho de que si todo es violento, nada es violento, pero el sol del Santiago del siglo XXI en pleno verano definitivamente lo es. La temperatura era una muestra de que claramente el fin está aquí, bien cerquita, pero, aun así, enrolé tabaco y lo encendí en piloto automático —hasta yo me di asco— e, inmóvil, me quedé mirando el vacío que dejaban algunos autos al pasar, con sus conductores aparentemente igual de lánguidos que yo unos minutos antes, por el semáforo del frente.

Digo aparentemente porque si bien mi cuerpo parecía una masita desvalida y maleable que buscaba sombra, por dentro sentía un fuego. Había una rigidez y un sobresalto. Según los diagnósticos de TikTok eso sería trastorno de ansiedad, pero sé que los médicos que podrían diagnosticarme de verdad cuestan muchísimo más que lo que pago mensualmente por mi conexión a internet y el robo de mis datos. En mi cabeza intentaba repasar nuestro encuentro anterior, que en la práctica fue el primero.

Ese día, a pesar de que llegué de manera puntual a la cafetería que ella acostumbraba a frecuentar, ya me estaba esperando. De camino al lugar iba pensando en que tenía muy poco claro lo que sucedería. Tenía dos ideas y ya. Primero, que íbamos a conocernos en persona y yo le iba a explicar por qué quería hacer un libro *con* ella. No *sobre* ella. Para mí había una gran diferencia. El *sobre* implica, creo, una distancia. El *con* es algo distinto. El *con* implica dejarse afectar. ¿De qué formas? Hasta ese momento no lo sabía, por supuesto. Esa tarde quería dejar expuestas mis motivaciones —al menos las conscientes—, incluyendo la de la afición, que me parecía una posición vulnerable (y reprobada de inmediato en el kínder del periodismo) que estaba dispuesta a vivir por un buen tiempo, si ella aceptaba. Una libertad que te puedes dar de una manera más abierta cuando nadie está esperando nada de ti.

Vuelvo ahora, mientras escribo, a revisar mi bitácora de ese día. Lo que anoté esa mañana:

Temas para discutir:

–El poder

–Lo que cambia el paso del tiempo en una misma

–Cómo el tiempo cambia la forma en que una ve su oficio

–Qué significa el tiempo cuando el tiempo ya ha pasado

–Escribir y el tiempo

Lo vuelvo a leer y me río, con pudor y algo de vergüenza. No conversamos sobre nada de eso. Aunque tal vez sí.

Su café negro lo acompañó de un jugo de naranja. Ambas estábamos vestidas de negro y rojo, aunque las texturas de las telas eran diferentes. Hablamos de Annie Ernaux y de Marguerite Duras, con críticas y valoraciones para ambas. Hablamos de mí. De ella. De por qué a mí se me ocurría hacer un libro *con* ella. Sobre lo que eso significaba. De que no me interesaba escribir una

biografía ni tampoco un estudio literario de su obra. También hablamos sobre los límites que eran necesarios para ella, y que a mí me parecieron adecuados. Sobre mis áreas de interés. Me divertí como nunca en ese rato bebiendo café a la sombra.

Hablamos del tiempo y del poder sin usar esas palabras. Me pregunto si no es habitualmente así. Luego caminamos juntas por la calle, sin tener claro si había aceptado embarcarse en este proyecto incierto.

Justo frente al restorán chino de Irarrázaval con Salvador, descubrí su humor negro con un chiste sobre la muerte. Uno que solo había intuido en algunas columnas tuyas o que, leyendo sus libros de ficción podía adivinar que existía, porque ahora, después de reunirnos regularmente durante un verano, sé perfectamente que ninguno de esos libros firmados por Diamela Eltit podría haber sido escrito por ella si dentro suyo no existiera una humorista muy, muy oscura. Esa tarde caía el sol y, mientras caminábamos, nos reíamos de la pulsión de muerte. Aun después de toda nuestra conversación, yo todavía no sabía si quería hacer este libro *con*migo.

Ser periodista me obligó a desarrollar una personalidad nueva, una que dejara atrás esa timidez que muchas veces, en los inicios, la gente confundía incluso con pretensión y hasta soberbia. El miedo puede tomar aspectos diversos y pasearse por tu ciudad con formas que una ni se imagina. Tuve que buscar una nueva técnica para moverme en el mundo, que dejara atrás esa prueba de cámara en la que me obligaban en la universidad a oficiar de reportera, mientras mis nervios me hacían aletear como un pollo sin que yo lo notara. Una nueva personalidad, para mí desconocida, que me permitía hablar de corrido, sin temblar, con gente que acababa de conocer; una con la que el entusiasmo genuino por saber cosas que no sabía le ganara al miedo, aun cuando sintiera

vergüenza de preguntar. La curiosidad no mató a la gata, pero la convirtió en periodista.

Antes de nuestro primer encuentro en la cafetería, le escribí. Desclasificar un correo electrónico me hace vulnerable, pero me comprometí a vivir así esta etapa:

Hace algunos días, mientras le daba vueltas a cómo explicarte lo que pensaba a través de este correo electrónico, me habló una amiga que quiero mucho y me envió una grabación en donde está leyendo un extracto de *Tisanas* de Ana Hatherly [poeta, escritora, directora de cine y pintora portuguesa]. Y fue ella leyendo, su voz, la que me ayudó a terminar de entender mi deseo final sobre hacer este libro. Y, por lo tanto, lo que me dio coraje para escribirte. Decía:

Había ocurrido una revolución. En la carretera, las letras del alfabeto habían salido de los libros y lanzándose salvajemente sobre la ciudad, el agua desapareció. Sin poder distinguir ya entre el río y la carretera, las letras del alfabeto volvieron a invadir la ciudad. Y eran tantas, que la tierra rebotó y quedó claro que se estaba produciendo un terremoto de letras. Y la gente, presa del pánico, quiso huir al campo abierto. Pero había tantas letras en las carreteras, que ya nadie podía saber hacia dónde se dirigía o dónde cambiaba la dirección y, pisoteándose unos a otros se ahogaron en tinta, tratando desesperadamente de recordarse.

Cuando la escuchaba, pensé: “Eso fue lo que sentí yo cuando, incluso con dificultad, comencé a leer a Diamela”. Y me encantaría que otras sintieran también ese tambaleo.

Ojalá podamos conversar. Te mando un abrazo grande.

Pudimos conversar y nos reímos también. Creo que nada de lo que ocurrió desde esa primera vez hubiese sido posible sin la risa. Nada es posible sin la risa.

Recordé ese chiste oscuro del día en que nos conocimos mientras estaba sentada en el paradero y me dirigí a tocar el timbre